

EL ZURRIAGO



VAPULEA LOS DOMINGOS

Zurraré á los majaderos
que explotan á los obreros.

Lo mismo que á los farsantes
y á los sabios ambulantes.

Pero suplico á *El Progreso*
que no se asuste por eso.

Pues guardo lo principal
para *La Aurora Social*.

No imitaré, vive Dios
á ninguno de esos dos.

Plenso decir la verdad
á toda la humanidad.

Mas sin mentir ni injuriar
ní á la decencia faltar.

Y quien así no lo crea
¡buen arreglo! que me lea

AÑO II | PRECIOS DE SUSCRIPCION.

Un año. 3,00 pesetas
Un semestre 1,50 »

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

Precios convencionales. La co-
rrespondencia al Administrador.

NUM. 78

Pravia 19 de Julio de 1903

LA CUESTIÓN SOCIAL

CARTAS Á UN OBRERO

LXXI

Mi querido X: Decir como lo hacen los liberales que el hombre es dueño absoluto de la propiedad, que puede disponer de ella como le dé la gana, es convertir al hombre en Dios. Y á eso, á suprimir á Dios, á convertir al hombre en sér supremo es á lo que en todos los órdenes, de una manera más ó menos solapada, tiende el liberalismo, y por esa razón lo condena la Iglesia, y decimos nosotros que es un gran pecado. ¡Como que se reduce á la completa emancipación de esa autoridad divina!

El liberalismo religioso, del cual proceden todas las demás especies de liberalismo con lógica inflexible, consiste en proclamar la independencia respecto de Dios en las cuestiones religiosas; el liberalismo científico ó filosófico, consiste en prescindir por completo de Dios y de su revelación respecto á las cuestiones filosóficas; el liberalismo político consiste en emancipar la política de la autoridad de Dios y de su Iglesia; y el liberalismo económico, ó sea el liberalismo aplicado á la economía, consiste en proclamar á ésta independiente, en decir que por encima de las leyes humanas no hay ninguna que coarte nuestra perfecta libertad de hacer con nuestras propiedades lo que nos dé la gana: en una palabra, consiste en nuestro caso el liberalismo en proclamar la independencia del hombre respecto de Dios y de sus leyes en el uso que debe hacerse de lo que se posea.

Y como el liberalismo en cual-

quiera de sus múltiples especies, consiste no sólo en proclamar la independencia del hombre respecto de Dios, sino también en exigir que las leyes humanas no pongan trabas al ejercicio de la libertad individual; como cree que cuanto más libremente desenvolvamos nuestras energías tanta mayor perfección habrá en la sociedad, es claro que en nuestro asunto los liberales no sólo dicen que el propietario no tiene necesidad de sujetarse á leyes superiores, procedentes directamente de Dios, sino que el Estado tampoco puede coartar con leyes esa facultad que tiene el propietario de usar de lo que es suyo.

Pero de esta intervención del Estado hablaremos más adelante. Ahora me basta con hacerte notar que para los liberales la propiedad es, como dicen los códigos inspirados en el liberalismo, la facultad de usar y de abusar de una cosa á su antojo.

Según esto los ricos no tienen necesidad de acomodarse á leyes de ningún género para gastar sus riquezas, y según lo ya observado, pueden hacer de ellas lo que les dé la gana. El que haya en el mundo personas necesitadas, hasta muriéndose de hambre, nada debe importar al propietario. Si le da el naipe por hacerles algún favor, por darles algo, no se excederá en sus atribuciones, antes obrará con arreglo á su derecho, pues según él puede disponer de sus bienes á su antojo, gastándolos destruyéndolos, dándolos, etc., etc. Pero ninguna ley le obliga á proceder así, á dar cosa alguna á los necesitados.

Los comunistas y los socialistas se levantan muy racionalmente contra esa propiedad, pero caen en el extremo opuesto. Muy racionalmente protestan contra esa propiedad sin entrañas, brutal, inhumana; pero de ahí deducen que la propiedad es un robo, que es preciso abolirla y llegar al comunismo ó al colectivismo. Y esto es discurrir disparatadamen-

te, pues la propiedad tal como la entienden y la explican los liberales no es la propiedad. Es la propiedad liberal, que sin género de duda es un absurdo, contra el que es preciso combatir, que es necesario aniquilar. Pero una cosa es la propiedad, rectamente entendida, y otra cosa lo que algunos egoistas entienden por propiedad.

El que algunas personas abusen ó deseen abusar ó defiendan que se debe abusar de una cosa no es bastante razón para que esa cosa se declare absurda. Se abusa hoy de todo y no por eso hemos de declarar á toda la guerra. Lo natural y lógico en ese caso es combatir los abusos y procurar no caer en otros opuestos al combatirlos. Los socialistas al proceder como queda indicado demuestran no guiarse por la sabiduría por que siempre se guía la Iglesia, la cual, como hemos visto, distingue entre el derecho de esa propiedad y el uso que de esa propiedad pueda hacerse. Si los socialistas procedieran con tal prudencia, no dirían que la propiedad es un robo, sino que es un robo la propiedad liberal; ni que es preciso acabar con toda propiedad, sino con la liberal, que realmente no es propiedad, sino abuso de ella.

De donde se deduce que á los socialistas no les falta motivo aparente para declarar la guerra á la propiedad, pues que en nuestras naciones impera el liberalismo y por lo tanto está vigente el concepto absurdo de la propiedad liberal.

Sobre estos interesantes puntos es necesario insistir.

Tuyo

UN AMANTE DE LOS OBREROS

SOCIALES, NO SOCIALISTAS

Tienen los hombres de nuestros días las manías de escuela, de la igualdad política y de la nivelación social, y aunque ésta es imposible, es necesario hacerlo ver á los sencillos, para que nose les engañe, y quitar el pretexto á los extraviados, para que no arrastren las turbas á perturbar el orden social, comprometiendo vidas y haciendas.

Siempre habrá ricos y pobres: nos lo dijo Jesucristo, nos lo dice la historia, nos lo enseña la experiencia y nos lo demuestra la razón. Examinando las causas subsistentes é inevitables de la desigualdad en la distribución de la riqueza, se ve que si, por un imposible se repartiera todo entre todos, al día siguiente casi todos serían más ó menos ricos ó pobres que el día del reparto.

Pero si es un sueño irrealizable la nivelación social de la riqueza, y para predicarla se necesita gran maldad ó suma torpeza, no lo es tanto el pretexto que explotan los socialistas para hacerse con las masas, la necesidad de vivir, el derecho á los medios suficientes para no sucumbir, porque, si no todos podemos ser ricos, todos aspiramos á estar vivos, á no morir de hambre y á poder vivir como racionales, con cierto decoro. He aquí el punto serio y la cuestión capital del problema social: ¿es justo dejar morir de hambre al pobre inculpable? Decimos al pobre inculpable, porque hay bribones (y yo los conozco, y son los que más bullen) que no buscan el trabajo, sino el jornal, y si la sociedad ha de cargar con los holgazanes, no habrá uno que no se haga haragán asociado.

Mas el pobre inculpable es digno de socorro, y cuanto tienda á ayudarle, y precaverle, y librarle de la miseria, entra dentro de ideal cristiano. Para ello es menester enseñar dos cosas á los pobres: trabajo y honradez, y otras dos á

los ricos: caridad y justicia. Que todo trabajo tenga su recompensa; que esta recompensa guarde proporción con lo que el trabajo vale y el trabajador necesita; que estas necesidades no se multipliquen, y que la caridad llene los huecos que la ley ó justicia legal deje vacíos. Todo esto es doctrina cristiana, y en este sentido todos somos sociales, si no socialistas, esto es, compasivos y amparadores de los pobres. *Miserere super turbam, et beati misericordes*, decía Jesucristo y dice la Iglesia.

Pero no bastan letras ni discursos, ni siquiera catecismos, para salvar al pueblo de la miseria; se necesitan recursos, medios (medicinas, vestidos, casas y hogazas), y para obtener estos medios hay que unir y hermanar manos, corazón y cabeza, y á los que tienen con los que no tienen.

A esto debe tender hoy toda institución benéfica de carácter social, incluso la escuela. Hay que unir manos, corazón y cabeza, procurando educar estas tres cosas en todos, para que todos resulten trabajadores honrados é inteligentes. Y aun cuando esto es una gran riqueza de gran mérito y valor, no basta de por sí; es menester unirla y Hermanarla con la riqueza económica, con lo que llaman los economistas *capital* y el pueblo *dinero*, y sin eso no hay pueblo, sino clases que se odian y explotan, se persiguen y arruinan.

Cuando el trabajador aborrece al que le da de trabajar, éste se esconde y aquél se muere; cuando el trabajador se impone al capital y le exige un jornal que no gana, la mano de obra cesa ó se encarece y con ella la vida, y los que primero sucumben son los mas necesitados; cuando el capital se confabula y acapara industria, comercio y trabajo, para hacer pingües ganancias á costa de todos, el pueblo parece á manos de los avaros y monopolizadores. Es menester, pues, hermanar y entrelazar clases é intereses, teniendo por base la justicia, por remedio la caridad y por fin la utilidad y el bien de todos.

¿Puede dar de sí esta unión el socialismo? El socialismo es ateo y carece de caridad; es sectario y aborrece á todo el que no le secunde; es exclusivista y vale para alterar la armonía, y con ella la vida con los medios de sustentarla; es odio é impiedad, es decir, dos disolventes de primera, que valen para destruir, pero no para edificar (sin amor no hay nada bueno); es pasión, no justicia; es el explotador de la miseria, pero no el redentor de ella; sabe aprovechar la necesidad y se lleva tras sí á los menesterosos, adulando sus pasiones y declamando contra los que algo tienen, pero no aumenta riqueza ni bienestar, antes promueve conflictos que disminuyen fuerzas.

Pero existiendo causas y habiendo turbas con hambre, habrá siem-

pre oradores que les pinten con vivos colores la abundancia del rico contrastando con la escasez del pobre, y hay que ver de desmentir esas causas de disgusto y remediar, en cuanto se pueda, esa miseria de la plebe. ¿Cómo? Como se ha dicho, y educando además bien á los del montón, que son los más, y en el modo de gastar y ahorrar, para lo cual se necesita ante todo actividad inteligente y vida honrada. Gran parte de esa honradez y actividad ha de emplearse en conciliar á ricos y pobres, ó capital y trabajo, porque de otra manera, singularmente donde esté atrasada la industria y poco desarrollado el trabajo y sea mezquino el capital, como entre nosotros sucede, la guerra es la muerte. Donde abunda la vida, aunque se malgaste, siempre queda; donde la vida es anémica, cualquier exceso acaba con ella.

A. MANJÓN

FÁBULA TEMPESTUOSA

XVIII

(Cuento viejo)

Un infeliz y mísero poeta
Que, como á mí me pasa, no tenía
Siquiera una peseta,
Hizo unos versos (va de ripio) un día.
A fin de que saliese
De la penuria horrible en que se hallaba
Dios permitió que el rey los versos viese,
Y como acostumbraba
Dar lo suyo al talento,
Habiéndole gustado,
Hizo llamar al vate desdichado,
E hizo también que en premio le pidiera
Lo que en el punto le viniese á cuento,
Y más falta le hiciera.
El vate vió la gloria;
A fin de dar la muerte al *avis rara*
Que en su vientre bullía,
Sólo exigió al monarca de la historia,
Que en premio le dejara
De su ciudad guardar la puerta un día,
Con tal de que pudiese
Exigir un dinero
A quien de fuera á la ciudad viniese
Si era el tal jorobado;
Otro dinero al mudo ó mal hablado,
Otro al mísero cojo,
Otro al manco infelice,
Y otro al pobrete á quien faltara un ojo.
Habiendo el rey la gracia concedido,
Y estando el vate el puesto custodiando,
Vió llegar, cojeando,
Y en una capa envuelto y escondido,
A un rústico extranjero,
Que se negó á entregarle su dinero.
Y viéndose apurado
Por el ilustre vate,
Cometió el disparate
De ir ensartando ¡tacos! mal hablado
Y entonces, por lo bruto,
Le demandó el cantor doble tributo;
Y al ver que se le escapa
Sin entregar el premio estipulado,
Le coge de la capa,
Y al descubrirle un poco
Y verle jorobado,
Por atrevido, testarudo y loco,
No le bastando ya los dos primeros,
Le señaló, por pago, tres dineros.
El rústico bramaba;
Pero al notar que nada adelantaba
Con ruegos y razones,
Se descubrió del todo
Para luchar, valiente, de este modo,
Y á los dos empujones,
Pudo notar el indaro inhumano
Que le faltaba al rústico una mano!

Y que, por consiguiente,
En vez de los primeros,
Por premio á lo valiente,
Debe entregarle ya cuatro dineros.
El palurdo rabiaba
Y, cuando ya calmarse no lograba,
Se tira al vate, luchan, forcejean,
Se muerden, se patean,
Y al fin, el pobre cojo,
Viene á perder, en la embestida, un ojo,
Terrible fué el combate,
Mas ver cedor en él el noble vate,
El triste jorobado
Cuatro dineros dió, por mal hablado
Y demás dotes buenas,
Y para darle alivio en tantas penas,
El vate entreverado,
Según algunos dicen, con acierto,
¡Hizo pagar al mísero ¡¡por tuerto!!

La fábula es ya vieja,
¿Tendré que aquí sacar la moraleja?

CICLÓN

¡Ay, ay, ay, Manolé!

Queda demostrado (¿cuándo podrá Vigil usar con justicia de esta palabra?) que es una gran mentira la primera afirmación de las cuatro que en pocas líneas hace Manolillo: la afirmación de que yo no puedo combatir con razones el socialismo.

Hemos visto no sólo que puedo sino que lo hago. Ahora vamos á la segunda afirmación, ó sea á la segunda mentira.

Porque tratándose de Vigil, quien á todos llama embusteros, ya se sabe que afirmación y mentira son palabras *simétricas*.

Como dice Maximino Estévez, el suspendido en Derecho civil, para decir sinónimas.

Que yo sólo combato el socialismo con sofismas...

Falso, falsísimo, requetefalso.

Ni solo ni acompañado combato yo nada con sofismas.

¿Dónde están los sofismas de que yo echo mano para combatir el socialismo?

¿Son sofismas las razones que llevo dadas para demostrar los errores de esa escuela respecto al trabajo, á la familia, á la propiedad, al salario, etc?

Pues si es que son sofismas, por qué no les da contestación Vigil para demostrar su afirmación y para impedir que los obreros que me leen (¡millares, Manolo!) se dejen engañar.

¿Es que un razonamiento se convierte en sofisma sólo porque de tal lo califique Vigil?

De ninguna manera, sino porque carece de lógica.

¿Y un razonamiento carece de lógica simplemente porque Vigil lo asegure?

Tampoco, pues Vigil puede equivocarse.

Luego para que podamos creer á Manolillo cuando dice que mis razonamientos son sofismas ¿qué se necesita?

Pues que lo demuestre, que pruebe dónde, cómo, cuándo se falta en él á las leyes inflexibles de la lógica.

¿Demuestra Vigil esas cosas? Ni lo intenta siquiera.

¿Y por qué?

Pues por lo dicho, porque su afirmación es una gran mentira.

Porque yo no combato el socialismo con sofismas, sino con razones contundentes á las cuales Vigil nada tiene que contestar.

Luego ¿qué caso debemos hacer de Vigil cuando afirma que yo no combato el socialismo más que con sofismas?

Pues ninguna.

¿Que caso se ha de hacer de quien miente á sabiendas cuando nos consta, como aquí, que miente!

Y es la segunda amonestación.

Ó la segunda afirmación vigiliana.

Ó la segunda mentira.

Vamos á la tercera.

Que los zurriaguistas tienen empeño en combatir á los que dicen la verdad al obrero.

No es cierto.

Los zurriaguistas combaten á los que engañan á los obreros.

A los que les dan gato por liebre.

A los que los corrompen y embaucan.

Y precisamente por eso, porque de ese modo abusan algunos de los pobres obreros, tienen empeño en combatirlos y los combaten los zurriaguistas.

¿Pero á los que les dicen la verdad...

Cite Vigil un caso.

Pero es que Manolillo al escribir «los que decimos la verdad al obrero» alude á Vigil, y á Lavín, y al autor de la *Hojarasca*.

Es decir á sí mismo.

Y entonces es verdad que los zurriaguistas tienen empeño en combatirlos.

Y los combaten y los zarandean y no les dejan hueso sano todas las semanas.

Pero que Vigil diga la verdad á los obreros...

Pues, chico, apenas si te voy demostrando que ni por equivocación sueñas una...

Luego los zurriaguistas al combatir á Vigil no combaten á los que dicen la verdad al obrero.

Sino que *viceversa*.

Lo cual quiere decir: al contrario, según D. Aniceto Sela, el de blanco chaleco y aprobador de Mino.

Después de llamarlo *percebe*.

Luego es una tercera mentira aunque mentira de primera, eso de que los zurriaguistas tienen empeño en combatir á los que dicen la verdad al obrero.

Y llegamos á la cuarta afirmación de Vigil.

Que para combatir á los que dicen la verdad á los obreros (es decir, para combatir á Manolillo) sólo se nos ocurre llamar á Vigil explotador de los obreros.

Mentira, mentira y mentira.

Para combatir á Vigil le ponemos delante sus desatinos.

Le demostramos sus mentiras.

Le probamos que los obreros no pueden esperar de él nada de provecho.

De provecho para ellos.

Y eso es demostrar y combatir con razones.

No llamando simplemente explotador a nadie.

Y si se quieren más datos véanse todos mis números.

Pero observen ustedes la vanidad inmensa de Vigil.

Y su creencia de que en el socialismo él es el todo.

En estas columnas se ha zurrado a Marx, a Pablo Iglesias, a Quejido, en fin a los santones del socialismo.

Y Vigil no se acuerda más que de los palos que cayeron sobre sus magulladas costillas.

Y no defiende a dichos santones.

¿Que éstos no lo necesitan?

Como quiera Manolo.

Pero es el caso que aquí se ha zurrado de lo lindo a los compañeros discípulos de Vigil.

A Trocas, a Buylla, a Sáenz, al Tontu, a Sela, Posada, etc., etc.

Y Vigil sólo se queja de los zurriagazos que lleva recibidos en su trasero.....

El no se queja de lo que decimos a los colosos y compañeros suyos citados.

Sino de lo que decimos a él solo.

A los demás que los parta un zurriagazo.

Lo dicho: Sálvese Vigil y perezca el socialismo con todos sus apóstoles.

¡Oh solidaridad!

Bueno, y ¿qué les parece a ustedes, lectores míos amantísimos, de la manera como Vigil demuestra que yo miento?

Pues para demostrar esa su afirmación tantas veces repetida no se le ocurre más que lo comentado.

LA DIOSA ROJA

La lucha entre el capital y el trabajo, entre obreros y patronos, se recrudece tomando de nuevo proporciones alarmantes.

Originan esta lucha las predicaciones antisociales que en mítins, periódicos, casinos y centros societarios, despiertan odios y despecho en todos los corazones; las cabezas enloquecidas por irrealizables utopías y la atmósfera de guerra que en determinadas capas sociales se respira, desde que dejaron de ser saturadas por las auras santas que, brotando al pie de la cruz, esparcen por doquier brisas de amor y de paz.

También la originan la soberbia y el egoísmo de un capital, cuyos productos ya sólo se destinan al sibiratismo, al refinamiento de

goces y de placeres que las clases acomodadas elevan a la categoría de necesidades.

No quiere esto decir que falte la resignación en todos los obreros, ni la caridad y el desinterés en todos los patronos; pero si que el obrero resignado y el patrono conforme a lo que la caridad y la justicia ordenan, están en minoría. Por tanto, en la batalla que presenciemos sólo intervienen los factores que acabamos de indicar.

Por eso no se escuchan proposiciones de paz entre los contendientes; al contrario.

—¡Arriba la huelga que arruina!—gritan los primeros.

—¡Funcione el Maüsser que mata!—exclaman los segundos.

Y pocos, muy pocos son los que dicen:

—¡Vengan la justicia que todo lo repara y la caridad que todo lo embellece!

Teniendo en cuenta los factores indicados, hay que reconocer la gravedad de las circunstancias y la magnitud del peligro.

Por lo pronto la huelga se extiende llevando tras sí funebre castigo.

La huelga se extiende... y cierran sus puertas las fabricas, las máquinas se paralizan, los hornos se apagan, los talleres no se abren, y el silencio y la soledad reinan donde antes imperó la actividad, el ruido y el movimiento.

La huelga se extiende... y el segador cuelga la cortante guadaña, el cortijero regresa al pueblo, el pastor y el boyero abandonan los ganados... y la dorada mies sufre abandono, los caseríos quedan desiertos, los ganados vagando a su antojo y destrozando y devorando sementeras que son el pan de mañana, y por doquier se presenta un cuadro desolador, cuyo horizonte oscurecen los negros nubarrones de la ruina y del hambre.

La huelga es ruina para el labrador, para el industrial, para el comerciante, para el ganadero y para toda desgraciada región donde la terrible diosa roja logra colocar su siniestra planta.

La huelga es ruina para cuantos poseen algo, para cuantos cultivan algo, para cuantos en algo trafican; ruina para el propietario, el patrono y el rico, en una palabra para los llamados burgueses.

Sí, ruina; pero ruina que trae aparejadas, para el obrero, hambre y desolación, pues la diosa roja, la huelga, una vez lanzado su grito de combate, a nadie perdona, complaciéndose en la destrucción de todo.

La huelga se extiende... y, al extenderse, se apaga el fuego en los hogares de los trabajadores, se agotan los fondos de resistencia, después los recursos particulares de cada uno, más tarde no queda una prenda en el arca y se vende hasta el humilde mobiliario, y, últimamente, el casero desahucia, el tendero roña y la desolación y el

hambre, la angustia y la desesperación cercan al obrero y a su familia.

¿Hay huelgas en diversas regiones de España?

Pues de no terminar pronto, la ruina y el hambre se enseñorearán de ellas, siendo sus víctimas los ricos y los pobres, los patronos y los obreros, el comercio y la industria, la propiedad y la agricultura, es decir, España entera, que llorará el nuevo desastre, mientras que la industria, la agricultura y el comercio extranjeros, quizás, señalando nuestras fabricas cerradas, nuestros campos sin cultivar y nuestros obreros hambrientos, dirán riéndose mefistofélicamente:

—Hé ahí nuestra obra, hé ahí lo que se consigue enloqueciendo a las masas y cegando a industrias anticristianas y egoístas.

¡Pobre España!

PONOS

El desafío

En mi primer número lancé el siguiente:

«Usted, pernóstico Vigil, no sabe lo que es el socialismo.

Y le desafiamos a que nos demuestre lo contrario.

Usted no sabe defender lo que afirma en su semanario, respecto al socialismo y a la Religión.

Y le desafiamos a que nos demuestre que no estamos en lo cierto.

En el socialismo hay cosas buenas, que los católicos aplaudimos.

Pero hay absurdos tan grandes como la pedantería de usted.

Todo lo que de justo, racional y provechoso para los obreros tiene el socialismo, está tomado de las enseñanzas católicas.

Y todo lo que la Iglesia condena en el socialismo, es brutal, absurdo, desfavorable a los obreros.

Por tanto, combatir la Religión católica para defender a los obreros, es como quitarse la ropa para quedarse uno más abrigado.

A discutir todo esto le desafiamos nosotros, compañero Vigil.

O usted acepta ó queda inutilizado para seguir escribiendo esa *Aurora* donde está engañando a los obreros.

¿Acepta usted?»

Y añadía yo después de haberme puesto tan serio, pues la cosa no era para menos, que si Vigil no contestaba en su semanario aceptando el reto, éste saldría todas las semanas en mis columnas.

Vigil no acepta; por eso lo repito hoy y lo repetiré en los números sucesivos.

Hasta que ese concejalillo recoja el guante.

O hasta que los obreros acaben de perder toda esperanza en quien tan cobardemente huye.

He dicho.

GIJÓN

Sr. Director de EL ZURRIAGO.

Muy apreciable Sr. mío: Al enterarme del Vapuleo que da usted en el núm. del 5 de los corrientes al domine Víctor Huergo (a) *Ubeache*, no estará de más, que

le dé algunos antecedentes sobre esta nueva sanguijuela de la clase obrera, que chupa todos los meses 20 dures por enseñar el abecedario, que es lo que puede enseñar, a los obreros de Mieres.

Victor Huergo, *polesu* de nacimiento, entró demotil en la Fábrica de Loza, a los 10 años de edad, y durante su aprendizaje y hasta llegar a oficial de platistas, fué un infeliz. La maldita libertad de imprenta hizo llegar a sus manos periódicos y folletos socialistas y delectando primero, de corrido después fué ejercitándose en la lectura y consiguió leerlos y aprenderlos de memoria. Es todo lo que sabe, y si aprendió algo más, gracias sean dadas al maestro de Tremañes con el que practicó el verano pasado la escritura y cuentas.

Huergo está a la altura de Vigil cuyas huellas siguió. Aquél de platista salta a maestro de escuela, éste de ferreru salta a concejal y periodista. Uno y otro en su vida estudiaron ni el catecismo, ni la gramática ni... nada ¿Qué pueden enseñar?

Lo que cualquiera adivina.

* * *

Y pasemos a otra cosa.

Aquí el socialismo anda de capa caída. Desde aquella batalla campal que tuvo lugar en el local de las Escuelas públicas, entre anarquistas y socialistas, de la que resultó un muerto, se aborrecen unos a otros de tal manera que no será imposible una 2.ª edición de reunión tan ejemplar.

Hace cosa de un mes, el Centro socialista de la calle de Garcilaso se desbarató de hecho y de derechos, pues de la mañana a la noche apareció el local con puertas rotas, sin bancos ni mesas, y a disposición de los chiquillos que lo tomaron por asalto para divertirse hasta que de ello se enteró el dueño de la casa. Quien pagó los vidrios rotos es un tal D. Benito Conde, caballo blanco ó pagano de estos y otros fechos de armas, socialistas, republicanos y anarquistas, que tuvo que soltar la mosca, de 29 dures por 2 meses de renta y perjuicios del local, como fiador del fenecido Centro socialista de la calle Garcilaso.

Y basta por hoy, que si ocurre alguna cosa más le informará su affmo. s. s. q. b. s. m.

Un Gijonés

«Más antiguo que el Estado es el hombre; por eso, antes que se formase Estado ninguno, debió recibir el hombre de la naturaleza el derecho de cuidar de su vida y de su cuerpo.»—LEÓN XIII

Sabiduría, ignorancia y presunción

Hay que leer el fondo de *El Liberal* del martes último.

En las Comunidades no se encuentran, según el diario jacobino pancista, más que nulidades; los unos, tontos de remate, los otros, que no saben dónde tienen la mano derecha.

«Con fray Zeferino González—dice,—filósofo y escoliasta mediocre, se acabó lo que había.»

¡Y gracias que hubiera eso!... Pero, según el mismo curioso diario, algo quedó, toda vez que á renglón seguido dice: «Como filólogo queda el padre Minguella y como arabista vulgar el padre Cartellanos.» Vamos, ya salieron otros dos.

Pero no se acabó del todolacuerda. Porque aún cita otros *El Liberal*, aunque éstos valen, según él, muy poco.

«El padre Fita—dice—es un adorno de las Academias, con quien por ingenuo y distraído no cuentan poco ni mucho sus socios.»

¡Ajajá!... Pues, señor *Liberal*, aún es menos de lo que usted supone el padre Fita, llamándole *adorno de las Academias*, porque esto parece indicar que es de varias, y la verdad es que sólo es de una: de la de la Historia, y sus socios le deben hacer efectivamente tan poco caso, que no hay número del *Boletín*, hace ya muchos años, donde no venga un artículo, y á veces dos, de ese ingenuo y distraído académico.

¡Buena prueba de que allí no se le hace ningún caso.

Pero sigamos:

«Al padre Mir le echaron por tener carácter demasiado independiente.» Pero si le echaron es que estaba dentro y que dentro había formado el nombre que usted, señor *Liberal*, le reconoce. Y cuenta que si echaron, ó él se fué, un padre Mir, quedó otro en casa.

También, según *El Liberal*, el padre Coloma es un novelista de última clase. ¡Basta que usted lo diga!

No; estamos convencidos. Quien quiera hallar sabios de primera magnitud, literatos de reputación europea, novelistas que eclipsen á Cervantes y Manzoni, que no vaya á los monasterios benedictinos, ni á los Colegios de Jesuitas, ni á los conventos de Agustinos, Dominicos, Franciscanos y Carmelitas, sino que se dé una vuelta por los círculos jacobinos. Allí los encontrará á porrillo.

Allí verá surgir al Müller ó al Mommsem español en la persona de D. Miguel Morayta; allí al Kant, Hegel y Krause en una sola pieza que se llama D. Nicolás Salmerón; allí al Flaubert de barra y tartana, conocido por Blasco Ibáñez; allí á Canatejas, cuyos discursos quitan la gana de leer los de Cicerón; allí á Soriano, que es todo un Mirabeau; allí... pero, ¿á qué continuar?

Allí es todo canela fina, allí abundan los sabios, los artistas, los eruditos, los hombres de universal

reputación, que todas las mañanas, al levantarse y desperezarse, abren nuevos horizontes al pensamiento humano; los apóstoles de cuyos labios están pendientes las Academias y Ateneos del universo mundo.

Nosotros, sí, lo sabemos de buena tinta. En Berlín, cuando se reúnen los asiriólogos, egiptólogos y helenistas para tratar de algún reciente descubrimiento, lo primero de que se cuidan es de poner un telegrama á D. Miguel Morayta pidiéndole su parecer, y si no se recibe á tiempo la contestación, no hacen nada. Lo mismo sucede á los filósofos con D. Nicolás Salmerón. Pues ¿y las casas editoriales de París? En Valencia tienen establecido un Comité para traducir las novelas de Blasco, en cuanto ven el ambiente. Dice Blasco: *Ches*, y en seguida el Comité transmite á París por telégrafo: *Enfant*.

¡Qué pena da ser neo, para no poder uno hombrearse, siquiera á título de correligionario, con tales portentos que tenemos en casa, y de los que, por ignorancia nuestra, no hacemos el mayor caso!... Y lo que hay: que el emperador Guillermo acaba de mandar que se le haga una colección de artículos de fondo de *El Liberal* para ir aprendiendo el castellano en sus formas clásicas...

¡Si tiene unas extravagancias ese emperador de Alemania!

Las inconsecuencias de un Diputado

No se puede calificar de otra manera á D. Melquiades Alvarez, sino llamándole inconsecuente.

Aunque mi colega *El Pensamiento de Asturias* viene estudiando, en las cartas del Rancio, el último discurso del diputado republicano, no estará de más que los lectores de *EL ZURRIAGO* vean algunas inconsecuencias del diputado *incolore*.

En el discurso pronunciado en el Congreso el día 14 de Diciembre de 1901 acerca de la Instrucción pública en España, decía Melquiades después de abogar por la libertad de enseñanza:

«Yo jamás hubiera puesto freno á semejante libertad novido por pueriles temores. Yo no habría temido ni temeré nunca á la competencia que la enseñanza libre pueda hacer á la enseñanza oficial.»

Se refería Melquiades á la guerra que Romanones, movido por pueriles temores, hizo á la enseñanza libre; y ese Melquiades que entonces no temía á la competencia que la enseñanza libre podía hacer á la enseñanza oficial, ese republicano (ó lo que sea) que entonces juró que él jamás hubiese puesto freno á la libertad de enseñanza, viene ahora pisotando esa misma libertad, predicando la *Inquisición al revés*, y negando á los religiosos la libertad de enseñar, á esos religiosos que son tan ciudadanos como Melquiades, tan españoles ó más que él, y que de muchas cosas saben algo más que el catedrático de Derecho Romano de la Universidad de Oviedo.

Oiga usted, catedrático ó demo...crata: Si usted no teme la competencia, si está usted seguro del triunfo, si la enseñanza oficial está por encima de la religiosa, ¿por qué no deja usted en paz á ésta para que brillen más esplendentes la gloria y la victoria de la enseñanza laica? ¿No es más glorioso para los liberales el que la enseñanza religiosa caiga aplastada bajo

el *podrío avasallador* de la enseñanza laica, que el que muera á mano airada haciendo traición á esa libertad que tanto cacareáis?

Se conoce que de tanto estudiar el Derecho se le han indigestado las leyes á Melquiades, y viene ahora predicando *la ley del embudo*.

Lo que hay es que estos demócratas de la legua no solamente temen la competencia; sino que donde quiera que ven un catecismo tiemblan como cobardes por si alguno les pregunta cuántos infiernos hay. La inconsecuencia de Melquiades se comprende con este ejemplo:

Supongamos que Albornoz abre un comercio de melones y Estévez otro de calabazas. Supongamos también que Estévez afirma que no teme la competencia que Albornoz puede hacerle en el comercio, y que verdaderamente esté convencido de ello; ¿no sería una inconsecuencia que á renglón seguido trabajara Estévez con todas sus energías para cerrar el comercio de melones de Albornoz?

O hay miedo á la competencia, ó no. Si hay miedo, á esconder el rabo y á callar. Si no lo hay venga la libertad, y ancha es Castilla.

Pero pongamos de relieve otra inconsecuencia del diputado por Oviedo. Melquiades no teme la competencia que la enseñanza libre puede hacer á la enseñanza oficial. Quien se detenga á meditar esta afirmación del Sr. Alvarez creará que éste tiene formada una idea muy elevada de los profesores y alumnos que pertenecen á los centros oficiales de enseñanza. Pues no es así.

El juicio que le merecen esos señores profesores y estudiantes se ve claramente en este parrafito del discurso pronunciado por Melquiades en el Congreso, el día 14 de Diciembre de 1901:

«Y yo afirmo en el Parlamento sin ánimo de ofender á nadie, pero con la voluntad resuelta de exteriorizar los vicios; que en España no existen escuelas, ni alumnos, ni profesores, ni útiles de trabajo; que en España los Institutos y las Universidades son, por regla general, fábricas de hacer bachilleres y licenciados para engrosar después lo que ha dado en llamarse el proletariado de levita...»

Pues, hombre, si los Institutos y las Universidades de España son fábricas de donde salen proletarios de levita; si no tenemos escuelas ni alumnos, ni profesores, ¿de quiénes se servirá usted para hacer la competencia? Antes se coge á un inconsecuente que á un Romanones.

Si no tenemos alumnos ni profesores ¡adiós Estévez! ¡adiós pedagogos! que os sea leve la tierra. Amén.

Prosigamos.

En el último discurso pronunciado por Melquiades éste se ha propuesto pisotear y ridiculizar la enseñanza de los institutos de religiosos sin acordarse quizá que en otra ocasión había colocado los centros oficiales de enseñanza á la altura de una alpargata.

Los entusiastas partidarios de la enseñanza oficial han aplaudido á nuestro diputado, y los zurriaguistas que, sin modestia, tenemos buena memoria, recordamos un parrafito del discurso que sobre Instrucción pública pronunció el mismo Melquiades. Y vamos á copiarlo, para que lo saboreen Sela, Posada, Builla y Altamira.

Después de señalar á Ramón Cajal, á Menéndez Pelayo y á D. Francisco Giner de los Ríos como personalidades que brillan ó han brillado en el profesorado, dice Alvarez:

«Los demás señores diputados, pertenecemos casi todos, por falta de medios ó por ausencia de vocación á esa turbamulta de medianías insignificantes, como si representáramos desde la altura de la cátedra el agotamiento y la esterilidad intelectual de la raza.»

¡Eche usted *hierro*, Melquiades!

Si ustedes por propia confesión, representan el agotamiento intelectual de la raza, si no tienen escuelas, ni alumnos, ni profesores; si las Universidades é Institutos son fábricas donde se hacen

bachilleres y licenciados como se podían hacer buñuelos, deje usted en paz á la enseñanza religiosa, porque ésta tiene escuelas, alumnos y profesores que no representan el agotamiento intelectual de la raza, sino el verdadero progreso y la genuina civilización.

Si yo tuviese autoridad para ello, mandaría á Melquiades á estudiar un poco de lógica á un colegio de jesuitas.

¡De cabeza!

¡Manolo, que estás peor!
 ¡Que vas de capa caída!
 Que ya para la comida
 No va á bastar tu labor!
 Vanamente haces el bú
 Para volver por tus fueros
 Que ya los pobres obreros
 Conocen quién eres tú.
 Ya ven que tú en el lugar
 El tonto vas resultando:
 Todos comentaban
 Tú comes sin trabajar.
 ¡Manolo, ya no hay tutía
 Porque aplasta su «¡te ve!»!
 Diga, si no, *San Mateo*
 Lo que pasó el otro día.
 Eras tú en la sociedad
 El *mandón*, como quien dice,
 Y hoy te has trocado, infelice
 En una calamidad.
 Ya lo ves: siendo en Oviedo
 Socialista tanta gente,
 Al nombrar un presidente
 Te dejan chupando el dedo.
 Esto, *Manolín*, irrita
 Al hombre de más paciencia
 No sé como tú elocuencia
 No rabia y se despepita,
 Los votos te han deshonrado
 Tanto más, cuanto que has sido
 El que la cosa ha regido
 En todo el año pasado.
 Yo lo que tú, le atizaba
 Al *Federal* dos galletas:
 Él era quien con sus tretas
 Los votos te arrebatava,
 Yo le oí una vez decir
 En la misma sociedad
 Que era una barbaridad
 Dejarte á tí presidir.
 Y en el portal do trabaja
 Me dijo una vez *Perfeto*
 Que, aunque ello fuera en secreto
 A tí te iba á dar de baja.
 «No me sacará más jugo
 (Son palabras no textuales)
 En viéndole mis visuales,
 Diré; ¡te veo, besugo!»
 ¡Y es que el pobrete asegura
 Que, de pasados contratos,
 Tú le debes cien zapatos
 Que compraste para un cura!
 Yo bien sé que no es verdad
 Lo que el *Federal* me cuenta,
 Mas no obstante, él te revienta
 En la dicha sociedad.
 Y tanto y tanto, que diz
 Que si alguno el voto cobra
 En pago, cuando haya obra,
 Le habrá de hacer su aprendiz.
 Ya ves tú si, por tu mal,
 Usa el pícaro de tretas:
 ¡Arrímale dos *chuletas*
 Al tonto del *Federal*.
 El te arrastra hacia el abismo
 Y aunque tú no sepas cuándo
 El va mermando, mermando
 Las huesas del socialismo.
 Pronto ya no habrá tu tía,
 Porque aplasta su ¡te ve!
 Bien lo dijo «*San Mateo*»
 Como viste, el otro día.
 Págame tú también mal,
 Y no le aguantes más tretas:
 ¡Arrímale dos *chuletas*
 Al tonto del *Federal*!

CHAMPAGNE, marca ASTURIAS

Compíte con el Champagne

Vigil, Blanco, y R, Monte.—VILLAVICIOSA

PRAVIA—Imprenta del Colegio